

RECENSIONES

Claribel Alegría. *Despierta mi bien, despierta*. San Salvador: UCA Editores, 1986, 80 páginas.

Fundiendo materiales de la historia salvadoreña de los últimos años, con elementos pertenecientes a las formas y a las técnicas narrativas contemporáneas, Claribel Alegría ofrece ahora una sabrosa novela corta, *Despierta mi bien despierta*, bajo el sello UCA Editores.

La polarización entre los sectores plutocráticos tradicionales y buena parte de los sectores populares, por cuyos intereses y aspiraciones optó también un grupo de los sectores medios ilustrados, es el marco general de la novela.

El amor entre la madura esposa de un plutócrata y un joven intelectual, militante de los movimientos político-militares insurgentes, es el nudo de la anécdota.

Con la incorporación de la historia salvadoreña como marco, la autora busca dar solución a una de las mayores urgencias enquistadas en muchos escritores latinoamericanos actuales: ser testimonio y conciencia crítica de su tiempo.

Con la incorporación del "melodrama" —que tal es la frustrada aventura entre Lorena y Eduardo, exento de la gazmoñería erótica de antaño la-autora participa de una actualísima tendencia en parte de la narrativa latinoamericana: la revaloración del "melodrama," de su uso como posibilidad para entrar en nuestro lector dueño de una estructura síquica fundamentalmente efectiva, y la voluntad de dotarlo con

"carne histórica" para lavarle la superficialidad de otras épocas.

En esta fusión de historia política y melodrama, es importante la solución narrativa que la señora Alegría ofrece: abandona la narración lineal y omnisciente, se adentra en la superposición de planos cronológicos y psicológicos, e incorpora la segunda persona verbal, recurso propiciador de una apreciación distanciada y crítica de los sucesos.

La incorporación de un diálogo fluido y la eliminación de extenuantes "parrafadas" de relleno, mantienen el libro en las manos y ante los ojos desde el principio de la obra hasta su fin.

Escrita con lo que de El Salvador conoce quien vive lejos y desde el cuadro limítrofe pertinente a una narración corta, *Despierta mi bien, despierta* es una "noveleta" sin pretensiones épicas. El gran caudal de la historia salvadoreña continúa esperando a su gran novelista y su gran novela.

F . A . E .

Douglas E. Horton. *Los científicos sociales en la investigación agrícola*. Lecciones del proyecto del Valle del Mantaro, Perú, Ottawa, Ont.: CIID, 1984, 71 páginas.

El libro presenta un resumen de las experiencias y resultados obtenidos en una investigación

realizada entre 1977 y 1980 por el Centro Internacional de la Papa (CIP) en el Valle del Mantaro en la sierra del Perú. La modalidad interesante del proyecto es que fue realizado a nivel de finca y con la participación de antropólogos, sociólogos, fitofisiólogos, agrónomos, patólogos y entomólogos. Los objetivos principales del estudio fueron: (1) concientizar a los científicos del CIP y del programa nacional sobre el valor de la investigación en finca, (2) desarrollar y probar en el terreno procedimientos para la investigación en finca de la papa y (3) entrenar a personal del programa nacional en el empleo de técnicas de investigación en finca.

El proyecto dio como resultado las siguientes conclusiones empíricas: (1) la ecología y el tipo de finca inciden sobre los requerimientos tecnológicos de los agricultores; (2) los pequeños agricultores son receptivos al cambio y a las nuevas tecnologías. Tradicionalmente se ha pensado que los pequeños agricultores son renuentes al cambio, sin embargo, pudo constatarse que la mayoría de pequeños agricultores están dispuestos a adoptar nuevos procedimientos agrícolas si éstos ofrecen claras ventajas sobre sus prácticas actuales; (3) rara vez los agricultores adoptan paquetes tecnológicos completos. Se puede establecer que los paquetes tecnológicos no ofrecen soluciones concretas a los agricultores, ya que resulta difícil que ellos los "adopten," sino que incorporan uno o más componentes tecnológicos a sus propios sistemas de cultivo, "adaptando" con frecuencia las técnicas a sus necesidades particulares; (4) la tecnología de los agricultores es, en muchos casos, igual o superior a las prácticas recomendadas. Esto se comprobó con el empleo de "semilla mejorada," la cual resultó no ser tan buena como se esperaba y que los agricultores utilizan estrategias aprendidas con la experiencia para mantener un sistema informal de semillas mucho mejor que lo que los especialistas suponían; (5) existe el conocimiento técnico para resolver muchos de los problemas de los agricultores. A pesar de que los paquetes tecnológicos completos no son siempre exitosos, la identificación de los problemas del agricultor y ensayos a nivel de finca dieron como resultado la aplicación práctica de tecnologías mejoradas de almacenamiento que incluso se difundieron en otros lugares de Perú, Filipinas, Sri Lanka, Colombia y Guatemala; (6) la tecnología no puede ser "transferida," sino adaptada a las condiciones locales. Se concluyó que era poca la tecnología que podía ser "transferida" a los agricultores sin

antes "adaptarla" para adecuarla a sus necesidades específicas y sus recursos.

El proyecto, a su vez dejó lecciones metodológicas que han tenido impacto en la investigación del CIP. Se pudo constatar que (1) la investigación interdisciplinaria en finca es difícil y costosa debido a las fronteras disciplinarias que separan a los científicos naturales y sociales y a los problemas logísticos que la investigación de campo representa; debido a la frecuente falta de recursos para movilización del personal; (2) la investigación en finca arroja beneficios de gran alcance. El proyecto mostró cómo los científicos sociales pueden contribuir no sólo a la transferencia y evaluación de tecnologías, sino también al diseño de nuevas tecnologías; (3) las encuestas informales y los ensayos sencillos en finca presentan ventajas. Lo primero se debe en gran medida a la interacción entre los investigadores y los agricultores, con lo cual se establece un diálogo útil sobre las ventajas y desventajas de las tecnologías ensayadas. Con relación a lo segundo, el proyecto mostró que un alto número de pruebas sencillas proporciona más y mejor información sobre problemas agrícolas y comportamiento funcional de las tecnologías que un número bajo de pruebas complejas; (4) los antropólogos y sociólogos pueden desempeñar un papel útil en la investigación agrícola, pues contribuyen a delimitar las zonas agroecológicas, a clasificar los tipos de fincas, a evaluar la viabilidad socioeconómica de tecnologías alternativas y a conceptualizar nuevos métodos de investigación y entrenamiento; (5) muchos de los resultados pueden ser extrapolados. La experiencia del Proyecto del Valle del Mantaro mostró que los principales resultados de la investigación y las lecciones metodológicas derivadas tienen validez en una variedad de condiciones de países en desarrollo.

J . G . M .

Manuel Alcalá, Stefan Bamberger, Jean Yves Calvez, Ignacio Ellacuría, Vincent T. O'Keefe, Robert T. Rush y Vitus Seibel. *Pedro Arrupe. Así lo vieron*. Santander: Sal Terrae, 1986, 203 páginas.

Las colaboraciones reunidas en esta obra presentan diversos testimonios sobre la persona y la obra de Pedro Arrupe. Sus autores son jesuitas que, en su mayoría durante largo tiempo, cola-

boraron con el hombre que actuó en los años post-conciliares como el 28° superior general de la Compañía de Jesús.

El interés de los testimonios radica en que en los años postconciliares se produjeron decisivas transformaciones en la Compañía de Jesús. Dentro de la apertura general de la Iglesia, el P. Arrupe desempeñó un papel determinante, el cual trascendió a los mismos jesuitas. Ni dentro ni fuera de la Compañía de Jesús fue aceptado completamente. Muchos lo criticaron e incluso lo atacaron duramente. Los testimonios reunidos en este libro son un intento de mostrar cómo piensan de su superior general algunos de los jesuitas que participaron de sus preocupaciones en aquellos años cruciales para la Iglesia y para la Compañía de Jesús.

Seibel presenta la credibilidad del P. Arrupe, una credibilidad forjada con mucho esfuerzo y con mucho sufrimiento en tiempos de crisis eclesiales y religiosas. Rush destaca su dimensión misionera, primero en el Japón, donde fue párroco, maestro de novicios y provincial; en segundo lugar, como misionero del mundo desde la curia general de la Compañía de Jesús, y finalmente, misionero también en sus años de obligada inactividad y silencio. En una palabra, el P. Arrupe siempre ha sido misionero porque siempre ha tenido un corazón suficientemente grande para amar el mundo. Alcalá intenta transmitir cómo superó la crisis española de los años 60, cuando un grupo de jesuitas opuestos a las transformaciones eclesiales y religiosas quiso erigirse en una provincia separada. Pero el autor se queda en el intento, detalla mucho los elementos de la crisis, pero después se queda muy corto, a la hora de destacar cómo la enfrentó y superó el P. Arrupe. O'Keefe destaca el apostolado de la palabra que Pedro Arrupe desarrolló siendo superior general de los jesuitas. Es interesante observar la intensa y compleja actividad del P. Arrupe como apóstol de la palabra. El ha dejado un caudal de palabras que siguen resonando y que seguirán siendo leídas y meditadas durante mucho tiempo. O'Keefe presenta al lector un cuidadoso resumen de los temas importantes que preocupan al P. Arrupe y de los documentos donde quedaron desarrollados para la posteridad. Ellacuría explica hasta qué punto el P. Arrupe ha sido un renovador de la vida religiosa en general al ponerla evangélicamente a la altura de las exigencias de nuestro tiempo. Por último, Calvez muestra su visión de la Iglesia a partir de la crisis del Vaticano II.

La obra de Pedro Arrupe puede sintetizarse en estas palabras pronunciadas en una conferencia de prensa, "no pretendemos defender nuestros errores. Pero tampoco pretendemos caer en un error aún mayor: el de cruzarnos de brazos y no hacer nada por temor a equivocarnos" (p. 110). Consecuente con estas palabras, el P. Arrupe inculcó a los jesuitas el sentido de pertenencia a una Compañía universal, a un grupo de hombres en verdad esparcidos por el mundo y sumamente distantes entre sí, pero unidos por una común formación ignaciana y un ideal común. Como poseía un profundo conocimiento y experiencia de la espiritualidad ignaciana, del carácter y finalidad apostólicos de la Compañía en su servicio a la Iglesia y del permanente valor inspirador de los ejercicios espirituales de San Ignacio, pudo mostrar cuán importante era preservar el carisma original ignaciano para servir mejor a la Iglesia del Vaticano II. Su amplio conocimiento personal del mundo, le permitió hablar de modo absolutamente convincente sobre las necesidades y problemas de la Iglesia en el mundo moderno.

Aparentemente, el P. Arrupe no sabía exigir, ni sabía dar órdenes, ni sabía intervenir. En definitiva, no pocos lo han acusado de no ejercer la autoridad. Los testimonios aquí recogidos desmienten esta apreciación. El P. Arrupe sabía tomar medidas drásticas, pero lo hizo como corresponde a un verdadero seguidor de Jesús y no como las toman los señores de este mundo. El P. Arrupe ejerció la autoridad evangélicamente, es decir, como quien sirve hasta dar su vida por los demás. No sólo daba la vida, sino que la daba como quien servía. Esta forma de ejercer la autoridad fue reconocida por los otros superiores generales de otras órdenes religiosas, quienes lo eligieron reiteradamente presidente de la Unión de Superiores Generales.

El P. Arrupe propulsó toda suerte de experimentos, sin dejar que se perdiera nunca lo esencial, una profunda vida espiritual alimentada en los métodos y en las prácticas ignacianas, una gran seriedad en los estudios, y un permanente discernimiento que iluminara sin negar lo fundamental de la obediencia. El torbellino de la experimentación fue en ocasiones demasiado violento hasta que llegó el momento de comenzar a poner las cautelas en su propio generalato. Entonces comenzó a asegurar las líneas comunes.

El P. Arrupe entendió el gran desafío del mundo actual como el correlato de Dios y el

mundo. Como superior general supo mantener y alimentar ese correlato y por eso mismo renovó la vida religiosa.

R.C.

José Ignacio González Faus y Josep Vives. *Crear, sólo se puede en Dios. En Dios sólo se puede creer. Ensayo sobre las imágenes de Dios en el mundo actual.* Santander: Sal Terrae, 1985, 84 páginas.

La tesis que guía la exposición de González Faus sostiene que lo fundamental de creer en Dios no son sólo las imágenes de Dios, sino las conductas referentes a Dios. El tema de las imágenes de Dios se hace importante por cuanto ellas se reflejan en aquellas conductas. Esto tiene particular importancia de la insuficiencia del lenguaje y una crisis del lenguaje sobre Dios. Pero no se es igualmente lúcido en cuanto a las prácticas referentes a Dios. Y, sin embargo, cada conducta encierra una imagen bien explícita, pero que enmascara más su riesgo de idolatría al estar menos formulada.

El enfoque elegido y el rechazo de un tratamiento especulativo del tema se basa en que Jesús no hizo discursos sobre Dios. En efecto, las pocas veces que en los evangelios habla de Dios lo hace en pequeños incisos dichos como de paso, y que explican o fundamentan alguna conducta (p. 15). La conducta de Jesús, por lo tanto, fue creer en Dios.

Otra razón para adoptar este enfoque de buscar las imágenes de Dios no en las ideas, sino en las prácticas, se encuentra en el Vaticano II, el cual reconoce que los creyentes tenemos una parte de culpa en el ateísmo moderno al hablar presentando una falsa imagen de Dios en la vida religiosa, moral y social.

González F. describe unas cuantas prácticas humanas relativadas a Dios y desvela la imagen de Dios que late en ellas. En la primera parte de su escrito describe las prácticas más típicas de los conservadores o de las personas explícitamente religiosas. La segunda parte describe las conductas consideradas más izquierdas o menos creyentes. Entre ambos grupos ubica la manipulación de Dios, una tentación para ambos grupos. Al final, en su conclusión, esboza una práctica sencilla y a la vez difícil, pero que para el autor es la única ortodoxa: creer en Dios.

Esta práctica revela algo decisivo de la imagen cristiana de Dios: Dios es aquél en quien se puede creer y creer es algo que sólo puede hacerse respecto de Dios.

El artículo de Josep Vives expone el presupuesto ineludible de la fe, el "desde donde" de toda fe en Dios. Esta no es una simple conducta más relativa a Dios, sino "la conversión" que requiere todo acceso a Dios.

La obra está dedicada a un salvadoreño que en este último cuarto de siglo realmente "creyó" (y sólo creyó) "en Dios" (y sólo en Dios), Mons. Oscar A. Romero.

R.C.

Dom Helder Cámara. *El evangelio con Dom Helder.* Santander: Sal Terrae, 1985, 190 páginas.

Dom Helder no necesita de presentación alguna. Esta obra de comentarios personales a diversos textos evangélicos nació del interés por conocer a fuerza que lo ha sostenido durante su vida. Aunque el objetivo planteado no se logra completamente por falta de un hilo conductor, poco a poco se ve surgir la figura del profeta y su espiritualidad. El haber escogido sin orden los textos que se le propusieron para que los meditara en voz alta no ayuda a percibir con claridad la figura del obispo consagrado a luchar por la justicia y la fe.

Los pequeños detalles que el obispo va recordando y relatando van descubriendo su personalidad espiritual. Es curioso observar cómo el obispo acusado de ser "rojo" muestra su candor personal. Quizás sea ésta una de las cosas más notables de esta pequeña obra. A veces aparece también su ingenuidad; una ingenuidad muy cercana a la religiosidad popular latinoamericana. Otro dato curioso en un obispo supuestamente representante de la peor izquierda eclesial latinoamericana.

El testimonio de estas páginas puede sintetizarse en el origen de su vocación sacerdotal: "el sacerdote y el egoísmo no marchan juntos. Es imposible. Un sacerdote no se pertenece a sí mismo. Tan sólo tiene una razón para vivir: vivir para los demás."

E.C.A.

Teófilo Cabestrero. *Orar la vida en tiempos sombríos*. Santander: Sal Terrae, 1985, 127 páginas.

Este es un pequeño libro testimonial. El autor expresa en versos y en prosa su experiencia del Dios de la vida desde situaciones angustiosas, concretamente, desde el pueblo crucificado por

la injusticia y la violencia, y desde el pecado eclesial contemporáneo. La tercera y última parte abre la oración a la esperanza en medio de las angustias y las sombras del pecado de los hombres y de la Iglesia.

E.C.A.

